

## AZAR Y DESTINO

Alberto Loschi

Ponencia de la XV Jornada de Accidentología Psicoanalítica – CIPEA –

En primer lugar quiero agradecer a la Dra. López Pumarega por habernos brindado la oportunidad de escuchar la visión que desde la Física se puede tener del azar. La misma es representativa de la ciencia en general ya que la Física es el paradigma de las disciplinas que se guían por los principios del método científico. Nosotros, psicoanalistas, ejercemos en otros laboratorios, son otros los principios que nos orientan y es otro el saber que construyen nuestras mentes.

Sin embargo el encuentro es oportuno considerando que desde esas dos modalidades distintas del saber –el psicoanálisis y la ciencia–

aparece el azar como un enigma común a ambas. Seguramente resultará distinto el modo de acercarse a este enigma que llamamos azar por parte de cada uno de estos dos saberes.

Es más, también encontraremos diferencias dentro del mismo psicoanálisis y sabemos que en la historia de la ciencia el azar fue presentando las más diversas caras<sup>[1]</sup>. Estas diferencias sólo corroboran que el enigma del azar sigue guardando su secreto y que aún no nos ha develado su misterio. Si estas diferencias en lugar de confrontar se fecundan mutuamente quizás den lugar a un trabajo de pensamiento que fructifique algún día en otro modo de saber donde se conjuguen de forma nueva y aún inédita las diferencias entre el saber científico y el saber del psicoanálisis.

Hablamos de las diferencias entre el pensar de la ciencia y el del psicoanálisis y, para ir entrando en tema, querría dar mi opinión sobre en qué reside la diferencia entre un saber y otro. Esto me parece importante porque el saber de la ciencia es el saber de la época.

No siempre fue así. En tiempos de Homero, en la Grecia arcaica, el saber de la época era el mythos y el mundo y la realidad de entonces era propia de ese saber. En el medioevo el saber de la época era religioso y el mundo y la realidad del mismo brotaban de ese saber. Desde hace aproximadamente 500 años estamos en el saber de la ciencia y esto quiere decir que el mundo y la realidad que habitamos nacen de ella. Hoy la ciencia es nuestra creencia. Esto quiere decir que no es necesario saber nada de ciencia para que de cualquier modo el pensar –de todos y cada uno- sea el de la ciencia. Si estoy enfermo creo en el médico, como el hombre de la tribu creía en el brujo, como el cristiano del medioevo en el sacerdote. Cada uno de estos en su contexto tiene el poder de curar. Esto es lo propio de una creencia. Decía Ortega y Gasset que las ideas las tenemos pero en las creencias estamos. Son como el suelo que pisamos, contamos con ellas aún sin saberlo. Las creencias tienen ese poder y esa fuerza. Pero como ninguna creencia es absoluta, siempre hay algo acallado en ellas y eso acallado se hace presente como síntoma. De

tal modo cada época con su creencia tendrá su síntoma que le es propio.

Si la ciencia es nuestra creencia importa tener noción de las bases que estructuran tal saber. Nos puede orientar para identificar sus síntomas

Schrödinger, el gran físico y eminente pensador, en uno de sus libros nos ilustra en una síntesis magnífica sobre los principios de la ciencia. Los reduce a tres.

El primero es el principio de la comprensibilidad del mundo. Esto es, el espíritu científico, la mente científica parte de que el mundo es comprensible. Esto no es obvio, podemos imaginar otros modos de relacionarse con el entorno, con el mundo que no resida en comprenderlo. Pero la mente científica parte de ese postulado: el mundo es comprensible. El segundo principio es el principio de objetivación. Para que el mundo sea comprensible tiene que ser

objetivo. Y el tercero es el principio de exclusión. Para que el mundo sea objetivo tiene que excluirse de él el sujeto que lo observa.

La ciencia pues es un saber que excluye al sujeto. Si esta conclusión tan autorizada, vertida por uno de los científicos más importantes del siglo XX, no nos convence podemos recurrir a Alexander Koyré, el gran epistemólogo de la ciencia que dice lo mismo aunque más poéticamente. Leeré sus palabras:

*“Hay algo de lo que Newton es responsable (y con él la ciencia moderna en general). Se trata de la división del mundo en dos partes. He dicho que la ciencia moderna había destruido las barreras que separaban los cielos de la tierra, que ha unido y unificado el universo. Eso es cierto. Pero también lo he dicho, esto lo ha conseguido sustituyendo nuestro mundo de calidades y de percepciones sensibles, mundo en el que vivimos, amamos y morimos, por otro mundo: el mundo de la cantidad, de la geometría deificada, un mundo en el que cabe todo excepto el hombre. Y así, el mundo de la ciencia, el mundo de la realidad, se aleja indefinidamente del mundo de la vida, que la ciencia ha sido incapaz de explicar. En esto consiste la tragedia del espíritu moderno que sabe*

*resolver el enigma del universo, pero sólo a costa de reemplazarlo por otro enigma: el enigma de sí mismo."*

Estas palabras, además de reafirmar las consideraciones de Schrödinger (y de otros), distinguen el mundo de la realidad y el mundo de la vida. Esto da que pensar y nos valdremos de esta distinción. También habla del enigma de sí mismo. Esa palabra –sí mismo- resonó en mí de un modo particular. Por alguna razón me pareció más adecuada que ‘hombre’ (la ciencia incluye y se ocupa del hombre) y que ‘sujeto’. También me valdré de esa palabra-sí mismo-. En consonancia con lo dicho antes Koyré afirma que el saber científico es un saber del que está excluido el sí mismo.

El saber del psicoanálisis, en cambio, brota de ese mundo en el que vivimos, amamos, sentimos, morimos. Hará falta un Schrödinger o un Koyré del psicoanálisis para que extraiga sus principios, pero sin duda éstos no serán el principio de objetivación y el de exclusión que guían los derroteros de la ciencia. Y eso es lo que determina la diferencia entre un pensar y otro.

En psicoanálisis hay repetición pero ésta no es como la del experimento científico que da el resultado esperado y si no lo es se introduce un cuarto principio, caro a la ciencia y formulado por Popper, que es el de falsación. En psicoanálisis no hay experimentos y los resultados nunca son los esperados (aunque lo sean), la falsación no tiene el valor que tiene en ciencia. Es que el sujeto, que el psicoanálisis incluye, no es predecible en el sentido que lo es el experimento científico. El sujeto, cuando se introduce, siempre trae problemas y eso lleva a que necesariamente cambie el modo de saber. El sujeto parece no responder a las cuatro fuerzas con que la ciencia ordena el mundo. Éstas son la de gravedad, la electromagnética, la fuerza débil y la fuerte. El sujeto parece como una quinta fuerza que no encaja bien en esas cuatro. Si la fuerza de gravedad ordena que los cuerpos deban caer el sujeto, valiéndose de las mismas leyes, en lugar de caer se eleva por los aires inventando el avión.

Hasta podríamos aventurar que cada vez que el sujeto, el sí mismo, contamina el campo aséptico de la ciencia, esos principios

tambalean y se producen revoluciones científicas. Y la revolución tiene éxito cuando nuevamente, bajo una nueva formulación, vuelve a excluirse al entrometido sujeto. Podríamos hacer la siguiente pregunta: ¿no será que uno de los nombres que desde la ciencia se da a esas intromisiones del sujeto es AZAR?

Por ejemplo, que una manzana caiga del árbol y golpee el suelo no lleva a hablar de azar. Pero si justo en ese momento soy yo el que pasa y me golpea la cabeza, eso ya es una casualidad. ¿Qué es lo que transformó ese trivial y natural suceso en una casualidad? Mi intromisión, el hecho de que me inmiscuyera en las leyes de Newton, que de entrada me habían excluido considerándome una manzana más, sujeta a las mismas leyes.

Y extendiendo esta idea nos podemos preguntar: ¿no será el accidente (síntoma creciente de nuestra época científica) expresión de la rebeldía del sí mismo, que se resiste a quedar excluido del mundo ordenado de la ciencia?



Si es así postularía esta hipótesis: desde el psicoanálisis el azar es la forma en que se nos presenta el sí mismo como enigma. Una epifanía; una manifestación del sí mismo.

La azarosa manzana golpeando mi cabeza es una suerte de enigmático jeroglífico que, si sabemos entrar en el campo que nos abre, nos habla de nuestro sí mismo. El azar es la forma en que se nos aparece y presenta una dimensión oculta de nuestro ser.

Es el momento de una aclaración. Al decir '*sí mismo*' dejo este término relativamente vacío de significado para que sea el uso que le demos el que se lo vaya dando. No es el sujeto, aunque en parte lo sea. No es el *self*. Y sobre todo quiero diferenciarlo de lo que llamamos nuestro yo. Nuestro sí mismo no es nuestro yo. Es más nuestro yo desconoce nuestro sí mismo. El *sí* de sí mismo alude a lo ajeno y el *mismo* a lo propio. Es aquello que, siendo ajeno es a la vez lo más propio. Por eso no es *mí mismo*; éste sí puede asimilarse al yo.

Voy a dar un ejemplo para ilustrar esta diferencia entre el yo y sí mismo.

Supongamos que a mis espaldas acontece un ruido que, como la manzana de recién, golpea e impacta todo mi ser conmoviéndome. Ese ruido, como un destello, alumbra fugazmente algo de mi ser más íntimo y oscuro, que al aparecer me asombra dejándome sin palabras. Ese instante traumático es REAL. Tan real que hasta puedo morir por la impresión.

Pero si no muero, en un segundo momento me doy vuelta y, al modo de un científico, lo atribuyo a la caída de un pesado objeto. Eso lo corroboran mis sentidos y lo comparten los testigos del suceso. Digo entonces que la causa del ruido fue la caída de ese objeto y me tranquilizo, objetivo el ruido en la caída y excluyo del mismo la intimidad de mi ser, el sí mismo. Eso es la realidad, diferente a lo real del instante del impacto vivencial. Este último no es observable por ningún testigo, no es consensual como la realidad, es absolutamente singular.

Me tranquilizo al encontrar la causa y viceversa encuentro la causa cuando me vuelvo sordo al impacto vivencial de ese ruido que por un instante alumbró algo real. Podemos decir: la realidad protege de lo real.

En lo temporal realidad y real siguen secuencias invertidas. En la realidad primero fue la caída como causa y luego el ruido como efecto. En lo real del impacto primero fue el ruido como efecto y luego la caída como su causa. Como afirmaba Nietzsche: "el efecto es la causa de la causa"; es decir, el efecto del ruido es la causa de que busque su causa.

En rigor, en el instante real, tampoco se da el segundo momento de la causa. Cuando eso ocurre ya es realidad. El yo es lo que invierte esa secuencia y da por sentado que la causa es primero y el efecto después. En lo real el efecto es lo primero y único. Es lo fatal. Es lo que se vive en el instante eterno del aquí y ahora. Es como vivir una muerte. Eso es intolerable e innombrable, entonces nos desplazamos a otro tiempo y lugar que llamamos causa. En la causa descomponemos lo fatal en causa y efecto y nos separamos de la

muerte. Se puede decir que la causa es el recipiente donde envasamos la pulsión de muerte. De ahí la importancia y el valor de la causa. Tal es así que es un imperativo de la cultura que a toda muerte haya que darle una causa. Lo real y fatal de la muerte cuando le damos una causa se convierte en realidad y eso alivia porque en la realidad separamos nuestro sí mismo. En la realidad la muerte es de los otros o la mía pero en otro tiempo en el que ya soy otro. Envasamos la pulsión de muerte en una causa y nos tranquilizamos. La causa protege de lo fatal.

Cuando no podemos encontrar la causa nos protegemos de lo fatal con el azar. Como dice Baudrillard: el azar es el purgatorio de la causalidad, el lugar donde los efectos esperan que se les devuelva una causa. Que algo ocurra por azar quiere decir que podría no haber ocurrido o que podría haber ocurrido de otra manera. El mundo de ese 'podría' es inubicable, pero entre tanto nos separa de lo fatal.

Causa y azar pueden entenderse como efectos del desdoblamiento que nuestro pensar, el pensar del yo, hace de lo fatal. Ese desdoblamiento protege del contacto con lo real. Contacto que, como el contacto con el tabú, es intolerable e innombrable.

Pero ocurre que con ese desdoblamiento protector también excluimos algo de nuestro 'sí mismo', que es rebelde a dejarse excluir. Y ese 'sí mismo', como un genio travieso o maligno en ocasiones, va a volver a nuestro encuentro como lo in-esperado, como azar. Anunciándonos que algo innominado de nuestro ser está en ese encuentro.

Los análisis de accidente presentados en esta jornada son ejemplos de esto. Pero en aras de la brevedad podemos dar un ejemplo conocido por todos: el de Edipo.

El oráculo vaticina a Edipo un destino fatal: matar al padre, compartir el lecho con su madre. Ante eso Edipo, como lo haría cualquiera de nosotros, desdobla eso fatal en causa y efecto. Ya que allí donde hay causas y efectos hay prevención. Si la causa de ese destino es estar

cerca de mis padres puedo prevenirlo y evitarlo alejándome de ellos. Al anular la causa lo esperado es que se anule el efecto (cesando la causa, cesa el efecto). Sería in-esperado que el efecto se produzca sin su causa. Así, el desdoblamiento entre causa y efecto se replica en otro desdoblamiento: el de lo esperado y lo in-esperado.

Lo esperado y lo in-esperado, como en física lo hacen una partícula y su anti-partícula, siguen caminos separados. Pero como entre ellos hay una memoria común que los une, lo in-esperado va al encuentro de lo esperado. En el periplo de Edipo ese encuentro acontece en una encrucijada donde por un hecho azaroso, in-esperado mata a un hombre. La investigación posterior de ese incidente-accidente demuestra que ese hombre era su padre. El 'azar' lleva a Edipo a descubrir algo de su 'sí mismo' desconocido por su yo.

De ese modo podemos definir el accidente: sería el choque de la causa (lo esperado) con el azar (lo in-esperado). Y así como en Física, cuando chocan una partícula y su anti-partícula se desintegran mutuamente para dar lugar a la emisión de un fotón de luz, del

mismo modo al chocar lo esperado con lo in-esperado ambos se disuelven para dar lugar a lo fatal. Y eso fatal es una epifanía, una manifestación cargada de sentidos que en un lenguaje cifrado muestran algo de lo más íntimo de nuestro ser.

El contacto con eso real-fatal puede resultar trágico como en Edipo, pero también puede dar lugar a una creación. Es de suponer que Sófocles para poder escribir Edipo Rey y sus otras tragedias vivió ese contacto con lo real-fatal y pudo darle otro destino en la creación.

Ahora bien, si esto es así, si es algo de ese 'sí mismo' que se manifiesta bajo la forma velada del azar en el accidente, podemos concebir que la 'sombra' de ese 'sí mismo' bajo formas más sutiles acompaña siempre a lo visible de nuestro yo. Y como esas 'sombras' se presentan en lo actual de la transferencia, el analista sensibilizado para registrar esa presencia puede llevar a encuentros 'azarosos' y fatales pero menos traumáticos con ese 'sí mismo', que al ser reconocido e incluido ya no necesita gritar en un accidente.

En ese sentido el psicoanálisis, al actuar así, interviene en el destino. Al hacerlo no previene ni evita el encuentro fatal, lo facilita y promueve en el campo de la transferencia que es otro que el de la realidad.

---

[1] Desde el azar por ignorancia que el progresivo saber derrotaría (azar negativo en su versión optimista), pasando por el azar en el que finalizará el universo de acuerdo al segundo principio de la termodinámica (azar negativo en su versión pesimista), siguiendo con el azar ontológico como un derecho de la naturaleza que apareció con la mecánica cuántica, azar que puede domeñarse con el cálculo de probabilidades -la estadística- (azar blando), hasta el azar creativo (azar positivo) que se descubre en los sistemas complejos con estructuras alejadas del equilibrio y en los aportes que brindan la teoría del caos y los objetos fractales, un azar que escapa a todo cálculo de probabilidades.



